

Who I Am

Memorias

Pete Townshend



«Un autorretrato salvaje y despiadado, un relato tan íntimo y doloroso como una sesión de terapia [...]. Townshend escribe la crónica de una banda que se convirtió en la encarnación misma de la rebelión juvenil y en el altavoz más anárquico del rocanrol.»

Michiko Kakutani,
The New York Times

INCLUYE E-BOOK

Who I am

Pete Townshend

Who I am

Pete Townshend

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

Primer acto
Música de guerra

You didn't hear it.
You didn't see it.
You won't say nothing to no one.
Never tell a soul
What you know is the truth

1921 (1969)

[No lo oíste./No lo viste./No dirás nada a nadie./
No cuentes a nadie/que es verdad lo que sabes.]

Don't cry
Don't raise your eye
It's only teenage wasteland

BABA O'RILEY (1971)

[No llores,/no levantes la vista./
Sólo es el yermo adolescente.]

And I'm sure — I'll never know war

I'VE KNOWN NO WAR (1983)

[Estoy seguro: no voy a conocer la guerra.]

Yo estuve

Es fabuloso, mágico, surrealista, verlos bailar a todos ante la reverberación de mis solos de guitarra: entre el público, mis amigotes de la escuela de arte se ven algo envarados rodeados de desgarbados mods del norte y del oeste de Londres, esa hueste de adolescentes que ha llegado a horcajadas de sus fabulosas vespas, colgados de anfetás, con buenos zapatos y el pelo corto. No puedo decir lo que pasa por las cabezas de mis compañeros de grupo, Roger Daltrey, Keith Moon o John Entwistle. Incluso en medio de la banda, me siento algo solo, pero esta noche de junio de 1964, en el primer concierto de los Who en el Railway Hotel de Harrow, Londres Oeste, me siento invencible.

Tocamos R&B: «Smokestack Lightning», «I'm a Man», «Road Runner», y otros clásicos con garra. Ante el micrófono, sigo rasgando sin parar la aullante guitarra Rickenbacker, luego le doy al interruptor que instalé para que chisporrotee y acribille la primera fila con ráfagas de sonido. La arrojo al aire con violencia y siento un estremecimiento repentino mientras el sonido se degrada de un rugido a un estertor: miro hacia arriba y veo el cuerpo fracturado de la guitarra, mientras la extraigo del agujero practicado en el techo bajo.

En ese momento tomo una decisión repentina, y en un frenesí demente vuelvo a arrojar una y otra vez la guitarra contra el techo. Lo que antes era una simple fractura, ahora es un astillado estropeado. Sostengo la guitarra ante el gentío con gesto triunfal. No la he machacado: la he esculpido para ellos. Despreocupado, arrojo la guitarra hecha añicos al suelo, agarro una Rickenbacker nueva de doce cuerdas y prosigo el espectáculo.

Aquel martes por la noche di con algo más potente que las palabras, algo más emotivo que mis tentativas de chico blanco por tocar blues. Y como respuesta recibí la unánime aclamación del público. Algo así como una semana más tarde, en el mismo local, me quedé sin guitarras y derribé la pila de amplificadores Marshall. Poco amigo de quedar en segundo plano, Keith Moon se sumó a la fiesta pateando su batería. Roger empezó a raspar el micrófono contra los platillos quebrados de Keith. Algunas personas contemplaron la destrucción como un ardid publicitario, pero yo sabía que el mundo estaba cambiando y estábamos mandando un mensaje. La vieja manera, convencional, de hacer música ya nunca iba a ser la misma.

Cuando despedacé la guitarra por primera vez, no tenía ni idea de adónde me llevaría aquello, pero sabía de dónde venía. Como hijo de un clarinetista y saxofonista de los Squadronaires, la prototípica banda británica de swing, yo había mamado cariño por aquella música; un amor que iba a traicionar por una pasión nueva: el rock'n'roll, la música que llegó para destruir aquella.

Soy británico. Londinense. Nací en Londres Oeste justo cuando la devastadora Segunda Guerra Mundial estaba por concluir. Como artista en activo, estos tres factores me han condicionado significativamente, del mismo modo en que las vidas de mis abuelos y de mis padres se vieron condicionadas por las tinieblas de la contienda. Crecí en un periodo en que la contienda seguía arrojando sombras, aunque el paisaje cambiaba de manera tan imprevista en mi vida que era imposible saber qué me esperaba. La contienda había sido una amenaza real, o un hecho, para tres generaciones de mi familia.

En 1945 la música popular tenía una finalidad seria: vencer el trauma de la posguerra y revitalizar las esperanzas e ilusiones de un pueblo exhausto. Mi infancia estuvo impregnada del sentido del misterio y de la ternura propios de la música de mi padre, tan importante para él y para mamá que parecía su centro del universo.

Había risas y optimismo, la guerra había terminado. La música que tocaba papá se llamaba swing. Era lo que la gente quería escuchar. Yo estuve allí.

¡Es un niño!

Acabo de nacer, la guerra ha terminado, pero no del todo.

—¡Es un niño! —grita alguien desde las candilejas.

Pero mi padre sigue tocando.

Soy un niño de la guerra a pesar de que nunca la he conocido: nací en una familia de músicos el 19 de mayo de 1945, dos semanas después del Día de la Victoria en Europa y cuatro meses antes de que la derrota de Japón diera por acabada la Segunda Guerra Mundial. Con todo, la guerra y sus ecos sincopados —las bocinas, saxofones, las big bands, los refugios antiaéreos, los cohetes V2, los violines y clarinetes y Messerschmitts, las nanas al estilo de «Mood Indigo» y las serenatas tipo «Satin Doll», los gemidos, bombardeos, sirenas, estruendos y estallidos— me distraen, acompañan y ajetrean mientras sigo en el útero materno.

Dos recuerdos perviven como sueños que, una vez recordados, no se olvidan jamás.

Tengo dos años y voy en el piso superior de un viejo tranvía al que mamá y yo hemos montado en lo alto de Acton Hill, en Londres Oeste. El tranvía rueda y veo pasar lo que será mi futuro: la tienda de material eléctrico donde saldrá a la venta el primer disco de papá, en 1955; la comisaría de policía donde iré a recuperar mi bicicleta robada, la ferretería que me cautiva con sus miles de cajones perfectamente etiquetados, el Odeon donde los sábados asistiré a parranderas matines de cine con los amigos; St. Mary's Church donde, en unos años, cantaré himnos anglicanos en el coro mientras observo a cientos de parroquianos que reciben la comunión, algo que yo evito hacer; el pub White Hart donde pillo mi primera auténtica cogorza en 1962, después del bolo semanal con la banda escolar de rock llamada los Detours, embrión de los futuros Who.

Ya soy algo mayor, han pasado tres meses desde mi segundo cumpleaños. Es el verano de 1947 y estoy en la playa en un día soleado. Soy demasiado pequeño para andar por ahí, pero estoy sentado en una toalla disfrutando de los olores y los sonidos: aire marino, arena, la brisa, el murmullo de las olas en la orilla. Mis padres van montados a caballo, como árabes, salpicando arena por doquier, saludan risueños y se alejan de nuevo. Son jóvenes, glabrosos, guapos, y su desaparición es como el desafío de un grial escurridizo.

El padre de papá, Horace Townshend (conocido como Horry), se quedó calvo prematuramente a los treinta años, pero seguía resultando llamativo con su perfil aguileño y sus gafas de montura gruesa. Horry, un músico y compositor semiprofesional, escribía canciones y actuaba en veladas veraniegas junto al mar, en parques y en auditorios, durante los años veinte. Flautista dotado, sabía leer y escribir música, pero, como amante de la vida fácil, nunca ganó mucho dinero.

Horry conoció a la abuela Dorothy en 1908. Trabajaron juntos en el negocio del espectáculo y se casaron dos años después, cuando Dot estaba de ocho meses de su primer hijo, Jack. El tío Jack recuerda una ocasión en que, siendo niño, sus padres tocaban en el muelle de Brighton, mientras él los observaba de cerca. Una gran dama se acercó, apreció su empeño y arrojó un chelín en el sombrero.

—¿Por qué buena causa recaudan dinero? —preguntó.

—Por nosotros —dijo Dot.

Dot era atractiva y elegante. Cantante y bailarina, era capaz de leer música, actuaba en fiestas, en ocasiones junto a Horry, y luego le ayudó en sus tareas de composición. Era jovial y optimista, aunque algo vanidosa y snob. Entre una actuación y otra, Horry y Dot concibieron a mi padre, Clifford Blandford Townshend, que nació en 1917, e iba a ser ahora el compañero de su hermano mayor Jack.

Los padres de mi madre, Denny y Maurice, vivieron en Paddington durante la primera infancia de mamá. Aunque obsesiva con la limpieza, Denny no era muy atenta como niñera. Mamá se acuerda de asomarse, colgando, de la ventana del piso de arriba con su hermano pequeño, Maurice Jr., mientras saludaban a su padre que pasaba al volante de la camioneta de la leche. El pequeñajo casi se precipitó a la calle.

El abuelo Maurice era un hombre tierno al que Denny dejó cruelmente plantado —después de once años de matrimonio— cuando huyó de improviso con un hombre rico que la mantuvo como amante. Aquel día, mamá llegó de la escuela y se encontró la casa vacía. Denny se había llevado todo el mobiliario salvo una cama, y había dejado sólo una nota sin dirección alguna. A Maurice le llevó varios años dar con la descarriada mujer, pero jamás se reconciliaron.

Maurice y los dos niños se mudaron a casa de la abuela paterna, Ellen. Mamá, que sólo tenía diez años, ayudaba a llevar la casa, y cayó bajo el influjo de su abuela irlandesa. Se avergonzaba de la madre que los había abandonado, pero estaba orgullosa de la abuela Ellen, que le enseñó a modular la voz para mejorar el dejo irlandés. De hecho, desarrolló la capacidad de imitar varios acentos, y mostró una temprana aptitud para la música.

Ya de adolescente, mamá se mudó con su tía materna Rose a Londres Norte. Recuerdo a Rose como una mujer extraordinaria, segura de sí misma, inteligente, leída; era lesbiana, y convivió discreta pero abiertamente con su compañera.

Al igual que yo, papá fue un adolescente rebelde. Antes de la guerra, él y su mejor amigo formaron parte de los camisas negras fascistas de Oswald Mosley. Con el tiempo, naturalmente, se avergonzó de ello, pero se perdonó a sí mismo: eran jóvenes, y aquellos uniformes les parecían glamurosos. En lugar de limitarse a los estudios para clarinete de Prokófiev, con los que se debatía brillantemente dos

horas cada mañana, a los dieciséis optó por tocar en fiestas que eran un poco el equivalente inglés de la velada clandestina americana. Eran bolos que exigían más bien poco a sus dotadas aptitudes musicales. Técnicamente, su capacidad siempre estuvo muy por encima de la música que interpretaba.

En unos años, papá ya solía actuar por todo Londres con Billy Wiltshire y su Piccadilly Band; tocaban música para bailar o departir entre cócteles: «copeteo», según se conocía la actividad. En el intervalo entre dos guerras mundiales, la sofisticación, el glamour y cierta frivolidad solapaban un temor latente a la extinción. Las cuestiones importantes quedaban veladas bajo el humo del tabaco y el ritmo de la novedosa música popular. El sexo era, como suele suceder, el ingrediente que podía aplacar al corazón ansioso. Pero en la música de los tiempos de mi padre, la energía sexual era tácita más que explícita, celada tras la cultivada elegancia de hombres y mujeres en traje de noche.

La guerra y la música reunieron a mis padres. Papá se alistó en la RAF en 1940, y, como parte de sus tareas, tocaba el saxofón y el clarinete en pequeñas bandas para entretener a los colegas. En 1945 tocaba en la RAF Dance Orchestra, una de las mayores de todos los cuerpos armados. Formada por soldados que habían sido miembros de bandas ya conocidas y dirigida por el sargento Leslie Douglas, la RAF Dance Orchestra ha sido descrita como la mejor orquesta de baile que hubo jamás en Gran Bretaña. Y era, a su modo, revolucionaria. Su arma secreta era el swing, un estilo no enteramente aceptable por toda la sociedad, pero que el pueblo llano adoraba. Papá consiguió amarrar el trabajo porque el esposo de Vera Lynn, el saxofonista Harry Lewis, tenía miedo a volar a pesar de pertenecer a la RAF y no viajaría en avión hasta Alemania. Así, cuando un mensajero voceó desde las candilejas la nueva de mi nacimiento, papá estaba en Alemania, tocando el saxo para las tropas.

Mamá falseó su edad para enrolarse en 1941. Cantante dotada, pasaría a ser vocalista de la banda de papá. Según el programa de un concierto del 18 de junio de 1944 en Colston Hall, Bristol, mamá cantó aquel día «Star Eyes», «All My Life» (un dúo con el apuesto sargento Douglas) y «Do I Worry». Papá aparece como solista en «Clarinet Rhapsody» y «Hot and Anxious». Según el texto de la funda de un disco, la RAF Dance Orchestra educaba el oído del público: «Al pasar de la sensiblería a una música con garra, el ritmo adquiriría flexibilidad y, el solista, mayor autonomía expresiva.»

Al acabar la guerra, la banda decidió adoptar el nombre con que era conocida: los Squadronaires.

Según mamá, los primeros años de casada fueron solitarios. «Nunca veía a papá. Nunca estaba. Y cuando estaba, estaba al otro lado de la calle en el maldito White Lion o en el Granville». Hombre guapo y jovial, papá solía invitar a rondas en el bar y era popular en los pubs de la zona, donde su éxito musical lo convertía en una pequeña celebridad.

La soledad de mamá puede explicar el enojo que sintió ante la ausencia de mi padre durante mi nacimiento. Mamá, que había estado viviendo con los suegros, hizo visible su resentimiento mudándose a otra casa. Conocía a una pareja judía, Sammy y Leah Sharp, músicos australianos, que vivían con su hijo en una gran habitación, y mamá se fue conmigo a vivir con ellos. Leah se ocupó de mí. La verdad es que no la recuerdo, pero mamá la describía como «una de esas personas que adora bañar a los críos, sacarlos a pasear y toda esa mandanga». Mamá, con un interés menor por «toda esa mandanga», estaba agradecida por la ayuda, pues seguía trabajando como cantante.

En 1946 mis padres se reconciliaron, y nos mudamos a una casa en Whitehall Gardens, Acton. Entre nuestros vecinos estaban el

gran pianista ciego de jazz George Shearing y el caricaturista Alex Graham, cuyo estudio, con la mesa de dibujo regulable, enormes hojas de papel, tintas varias y complicadas plumas, me fascinaba hasta el punto de plantar la semilla que luego me inspiraría para acudir a la escuela de arte.

Compartíamos la casa con la familia Cass, que vivía arriba y que, como muchos de los mejores amigos de mis padres, eran judíos. Recuerdo algunas pascuas judías gozosas y alborotadas con gran cantidad de albóndigas de pescado, hígado picado y la lenta cocción de la carne. Cada familia tenía tres habitaciones, una cocina y un baño, pero sin letrina interior. La nuestra estaba en el patio trasero, y el papel higiénico consistía en unos cortes de papel de periódico colgados de un clavo. Entre el frío y las arañas, mis visitas allí siempre fueron breves.

Yo dormía en el comedor. Mis padres no parecían sentir la necesidad de procurarme un espacio propio donde poder dejar los juguetes o dibujos o donde no sintiera que estaba invadiendo territorio adulto. No tenía noción alguna de intimidad, ni siquiera conciencia de que la mereciese.

Mamá dejó de cantar y luego lo lamentó, pero nunca dejó de trabajar. Ayudaba en la gestión de los Squadronaires desde su oficina en Piccadilly Circus, y a menudo me llevaba de gira en el bus, donde yo me deleitaba ante la actitud despreocupada de la banda, al tiempo que controlaba las botellas vacías de cerveza. Nuestras salidas por carretera terminaban siempre en un pequeño hotel de la costa, en un campamento de vacaciones o en un teatro algo barroco, lleno de escaleras secretas y de pasajes subterráneos.

Charlie, que se encargaba del personal en ruta, solía ser el blanco de incontables bromas, pero era evidente que los Squadronaires lo adoraban. La influencia de mis padres sobre mí decaía un poco en presencia de la banda, que era como una cuadrilla

de chicarrones. Mamá era como la muñeca cantante residente. Y el talento musical de papá le otorgaba un estatus especial entre sus compañeros. Papá siempre trabajaba al menos una hora en las escalas y arpeggios, y su práctica matinal resultaba mágica por su complejidad. Hoy día, el lenguaje del rock es más simple. Él era rápido.

El campamento de vacaciones era una institución típicamente británica: un destino vacacional para la clase trabajadora con una semana de jolgorio veraniego, que a menudo incluía pasatiempos en forma de actuaciones como las de los Squadronaires. La disposición de los campamentos —una familia por cabaña— no parecía la más idónea para ilícitos escarceos sexuales. Pero si, en lugar de una familia, instalamos a un grupo de chicos en una cabaña y a un grupo de chicas en otra, las posibilidades son perfectamente imaginables.

En los campamentos existía un espíritu igualitario, pero yo siempre me sentí algo superior al común de los veraneantes que iban alternándose. Al fin y al cabo, yo estaba con la banda, y me quedaba durante todo el verano, algún año incluso durante dieciséis semanas enteras. Desde el telón de fondo, descubrí la magia de seducir a la concurrencia. Fui desarrollando cierto sentido de qué es lo que entretiene a la gente, y vi también el precio que eso exigía a veces. Como hazaña para distraer a la plebe del camping, cada tarde a las dos empujaban a mi padre a la piscina desde el trampolín más alto, completamente vestido con el uniforme de la banda. Luego salía del agua tocando su viejo clarinete, simulando un aire triste y derrotado. Siendo niño, la cosa me afligía bastante. Mi fantástico padre es humillado, solía pensar, para que la chusma campista se eche unas risas.

Aprendí a mantenerme apartado de aquella gente, los clientes que indirectamente pagaban nuestro sustento. Hasta hoy, cuando

asisto a un concierto en el que no debo actuar siempre me siento algo perdido. Y siempre pienso en mi padre.

En septiembre de 1949, con cuatro años, me apuntaron a la guardería Silverdale de Birch Grove, Acton, que quizá llamara la atención de mamá al pensar en lo mono que iba a estar yo con el uniforme escolar, un blazer rojo y una gorra. Mamá tenía un glamour natural, y cuando después de la guerra terminó el racionamiento de ropa, empezó a vestirse como una estrella de Hollywood. Su familia política no lo veía con buenos ojos. ¿Por qué se gastaba un dinero que tanto le costaba ganar a papá en ropa y en una escuela privada cuando debería estar empujando un cochecito?

Pero yo era feliz. Whitehall Gardens era una de las muchas calles repletas de niños de mi edad. Nuestra pandilla estaba capitaneada por mi mejor amigo, al que todos llamábamos Jimmy por un personaje de unas populares viñetas del *Daily Mirror* que llevaba un tupé parecido. Como todos los niños, jugábamos a fútbol, cricket, al escondite y a indios y vaqueros, nuestro juego favorito. Los juegos de guerra se limitaban a soldados y vehículos de juguete: la guerra seguía estando muy fresca en nuestra memoria.

Nuestras fantasías se inspiraban en películas que veíamos en sesiones matinales de sábado: Roy Rogers, Hopalong Cassidy, Flash Gordon, The Three Stooges, Charlie Chaplin, el Gordo y el Flaco, Looney Tunes, dibujos animados de Disney y demás. El Gordo y el Flaco eran los más graciosos del mundo. Chaplin me parecía algo anticuado, pero, en cualquier caso, casi todas las películas que veíamos eran de antes de la guerra.

Al salir de casa podíamos hacer prácticamente lo que se nos antojara. Nos colábamos por debajo de las vallas, nos metíamos en vías muertas, hurtábamos manzanas de los jardines de la gente, arrojábamos piedras a los patos, abríamos las puertas de los garajes (los coches eran una gran atracción), y seguíamos al lechero en su carro

tirado por un caballo hasta Gunnersbury Park, un paseo de ida y vuelta de unos dieciséis kilómetros.

Tanto Jimmy como yo teníamos triciclos y un día, con sólo cuatro años aún, fuimos los dos montados en el mío hasta el parque para tratar de marcar un nuevo récord cuesta abajo por el sendero que había frente a la casa señorial. Yo iba atrás y Jimmy maniobrababa, pero el vehículo era inmanejable a esa velocidad y sólo pudimos seguir recto hasta estrellarnos contra una jardinera de ladrillo al pie de la cuesta. Acabamos con las caras metidas en la tierra, aturdidos y sangrando. El triciclo acabó tan mal que no pudimos volver en él. Y la nariz me sangró durante dos días.

En 1950, cuando cumplí cinco años, no acudí a la escuela primaria pública con mis amigos. Mamá, que me seguía viendo mono de uniforme, me mandó a la privada Beacon House, a un kilómetro y pico de casa. No conocía a ninguno de los niños de allí, no recuerdo a ninguno y lo odié casi todo desde el principio.

La escuela ocupaba una casa unifamiliar, y cada mañana nos reuníamos en una salita trasera a la que entrábamos al paso cantando «Onward Christian Soldiers» como un hatajo de comunistas chinos con el cerebro centrifugado. Después de un almuerzo incomible se suponía que debíamos sestear durante quince minutos en nuestros pupitres. Si movíamos un músculo nos regañaban, y movernos algo más que eso podía suponer cachetadas con la regla o cosas peores. Yo fui azotado con una vara en varias ocasiones, y también con las zapatillas de suela de goma del maestro.

En una ocasión me sentí tan humillado y herido que me quejé a mis padres. Hablaron con la directora, y ésta respondió dándome un trato particularmente cruel. Ahora ya ni se me permitía ir al baño durante el día, y a veces no podía evitar ensuciarme en el largo camino de vuelta a casa. Temiendo peores represalias escolares, ya no dije una palabra a mis padres. Iba a casa de Jimmy donde recibía

la comprensión —y calzoncillos limpios— que no podía encontrar en casa.

Fue por entonces cuando mamá empezó a llevarme a clases de ballet. Entré en una sala y vi a veinte niñas de pies alados, vestidas con tutús y riéndose de mí. Era uno de los pocos chicos del grupo. Un día en que me porté mal, la maestra me bajó las mallas, me hizo doblarme sobre el borde de la bañera y me zurró mientras las niñas se apiñaban atolondradas en la puerta del baño.

Disfrutaba de las clases de ballet, quizá de un modo perverso. Actualmente casi puedo considerarme un bailarín gracias a ellas. Aunque hasta hoy, ya con más de sesenta años, he tendido a arrastrarme desgarbado como un adolescente —una foto mía de juventud aparece en un libro sobre la técnica Alexander, como un ejemplo de andares post-adolescentes—, soy ligero de pies, y buena parte de mis aptitudes escénicas se basan en lo que aprendí en aquellas pocas clases de ballet. En cualquier caso, papá reveló su incomodidad porque su hijo acudiera a ballet, y mamá dejó de llevarme.

Hacia el final de la gira de verano de los Squadronaires, que era el periodo más ajetreado de la banda, mamá recibió una llamada de Rosie Bradley, una buena amiga del hermano de mi abuela Denny, mi tío abuelo Tom. Rosie vivía en Birchington, en una esquina frente al chalé de Denny, y últimamente había estado mandando a mi madre noticias cada vez más inquietantes acerca de la abuela.

En el verano de 1951, Denny se comportaba de modo estraçalario, y Rosie decía no saber si era debido a la menopausia. El señor Buss, el acaudalado amante de Denny, respondió mandando dinero. Rosie creyó oportuno que mamá acudiera y se ocupara del caso. También describió un paquete que Denny había recibido recientemente, y que la indujo a llamarla desde el otro lado de la calle: «¡Rosie, Rosie! ¡Ven a mirar esto!». En las cajas había cuatro vestidos de noche y dos abrigos de pieles, aunque Denny seguía saliendo

a la calle en plena noche ataviada con su bata. Rosie describía el comportamiento de la abuela como «bastante majareta».

Después de hablar con mis padres, Rosie persuadió al señor Buss para que le alquilara a Denny un piso de dos habitaciones que se hallaba encima de una papelería en Station Road, en Westgate. Mamá estaba preocupada. «Cliff —le dijo a papá—, creo que se está chalandando. ¿Crees que Pete podría instalarse allí? Podría ir a esa pequeña escuela, St. Saviours. Eso quizá lo arreglaría.» Y por extraño que parezca, así es como me mandaron a Westgate a vivir con mi abuela, y así es como me adentré en la parte más oscura de mi vida.

Las costumbres domésticas de Denny eran estrictamente victorianas. El orden del día, suyo y mío, se disponía con precisión militar. Nos levantábamos antes de las seis y desayunábamos, una tostada para ella y cereales con té para mí; eso a menos que hubiera hecho algo malo, pues su castigo favorito era negarme el alimento. Sólo me concedía su afecto cuando mi comportamiento era intachable, perfectamente dócil, silencioso y estaba recién aseado; esto es, nunca. Era una pérfida bruja, y en ocasiones hasta me amenazaba con maldiciones gitanas. ¿En qué estaban pensando mis padres cuando decidieron mandarme a vivir con ella?

Cuando empecé en St. Saviours a los seis años, era de los últimos de la clase en leer y escribir. Para cuando terminé, estaba entre los primeros. Supongo que esta era la parte buena de vivir con Denny. Un día escribí una carta a la tía Rose, la hermana mayor de Denny, y ésta me la devolvió repleta de correcciones en rojo por mis errores ortográficos y gramaticales. La cosa me hirió; el caso es que la tía Rose le dijo a Denny que ya era mayorcito para leer y escribir tan mal, y le sugirió que me leyera la mitad de un libro de suspense, y que dejara la otra mitad para que lo terminara yo. Denny me leyó *Belleza negra* de Anna Sewell, y el plan funcionó. Atrapado no sólo

por la historia, sino por el curioso placer de que me leyeran, enseñada agarré el libro y lo terminé.

No recuerdo más libros de mi época con Denny. Una de mis escasas diversiones era jugar con los pomos de una cómoda, simulando que eran los controles de un submarino. También escuchaba *Charlie's Hour* en la radio: las aventuras de Toytown con Larry «el Cordero» y Dennis «el Dachshund» eran bastante buenas.

La estación de autobús estaba frente a nuestro piso. Denny solía llamar a los conductores por la ventana y los invitaba a subir para tomar una taza de té. En ocasiones, se lo llevaba o me mandaba a mí. Denny no tenía ningún problema en salir a la calle con su camisón debajo de la bata, y a mí no me importaba cruzar la calle en pijama para ofrecerle una taza de té al conductor, pero me asqueaba cuando me pedía que fuera algo más lejos, hasta el quiosquero o el tendero del barrio, pues entonces me cruzaba con adultos de camino al trabajo que me miraban con extrañeza.

Denny me levantaba a las cinco de la mañana, y envolvía luego algunos alimentos que había preparado la noche anterior, incluyendo algunos bizcochos en sus moldes de latón. Entonces nos dirigíamos a varios destinos que ya tenía decididos, y en los que habitualmente había oficiales de las Fuerzas Aéreas Americanas. Se daban breves intercambios: Denny pasaba un bocadillo o un bizcocho, pero nunca supe qué recibía a cambio. Recuerdo grandes y llamativos coches con las ventanillas medio bajadas. Recuerdo también vagamente a un hombre al que tenía que llamar «tío», que era sordo de un oído, y que a veces se quedaba a dormir en casa. Lucía un bigotito hitleriano.

Todo aquel asunto me dejó un poso de rabia y resentimiento. He pasado años en psicoterapia tratando de comprenderlo. En 1982, mi terapeuta me instó a que intentara adentrarme más a fondo en el recuerdo mediante la redacción de aquellos intercambios matinales. Me puse a escribir, y a medida que empezaba a describir uno de

los encuentros —el oficial de la Fuerza Aérea bajando la ventanilla, Denny que se acodaba—, recordé de pronto por vez primera que la puerta trasera del coche se abría. Empecé a temblar de manera incontrolable y ya no pude escribir más, ni recuerdo más. Mi memoria se bloqueó.

Nuestro piso se abría al rellano de la primera planta, y mi habitación nunca se cerraba con llave, que estaba siempre puesta por fuera. Las noches en que tenía miedo, corría hasta la habitación de Denny. Si estaba abierta, ella me ahuyentaba, y si estaba cerrada, simulaba dormir y no respondía. Aún hoy día sigo despertándome aterrado, sudando de miedo y temblando de rabia por el hecho de que mi puerta, ante el rellano, permaneciera sin cerrar por las noches. Era un crío, sólo tenía seis años, y cada noche me acostaba sintiéndome terriblemente vulnerable, solo y desprotegido.

Además de la terminal de autobuses, también podíamos ver la estación de tren. Yo adoraba contemplar las fabulosas locomotoras de vapor y fantaseaba con compartir el momento con un amigo, hermano, hermana, alguien. A menudo, mis pensamientos antes de quedarme dormido se centraban en la mera necesidad de cariño. Denny no me tocaba salvo para azotarme, restregarme brutalmente en la bañera o sumergir mi cabeza bajo el agua para aclarar el jabón. Una noche en que perdió los estribos, me sostuvo la cabeza bajo el agua un buen rato.

En St. Saviours había algunos chavales procedentes de la cercana base aérea americana. Un chico alto y desgarrado apareció un día en la escuela vestido con un vistoso traje de cloqué, que aún era de rigor en ciertas zonas de EE. UU. Parece que sus padres eran del todo ajenos al ridículo que aquello podía ocasionarle hasta que Robert, el hijo de Rosie Bradley, y yo lo escarnecimos hasta hacerle llorar, mientras su desolada madre lo acompañaba a casa. Haber tomado parte en aquella acción de acoso me sigue avergonzando hoy día.

El señor Matthews era el director de la escuela: gordo, de calvicie incipiente y falsamente jovial. La ventana de su despacho daba al patio, y su ritual favorito consistía en azotar con una vara a los niños en su escritorio ante las burlas de la chiquillada reunida afuera. En una ocasión acabé yo también en el escritorio, no recuerdo por qué. Me incliné sobre la mesa, encarado a la ventana, donde caras ávidas y ansiosas se disponían a recrearse con mi dolor. Para gran decepción suya, el director me dejó marchar.

Cuando mamá nos hacía una visita ocasional a Denny y a mí en Westgate, aparecía toda apresurada, con cierta aura de glamour londinense, aunque también de madre poco formal. Mientras tanto, Denny corría detrás de conductores y aviadores, y yo era infeliz. Había perdido a mis padres jóvenes y guapos por una vida de disciplina espartana con una mujer patética, desesperada por ver cómo se desvanecía su juventud. Los sentimientos de Denny hacia mí parecían vengativos, como lo parecía el abandono de mi madre. También se me antojaban vengativas las muertes o desapariciones de los hombres a quienes más quería: mi padre ausente y el recién fallecido Jorge VI. A la edad de siete años, parecía huérfano de amor y liderazgo.

En esa época mamá tuvo una aventura con otro hombre. Me recuerdo sentado en el asiento trasero de un Volkswagen Escarabajo, esperando en un cruce de Gunnersbury Avenue. Mamá me presenta al conductor, Dennis Bowman, y dice que significa mucho para ella: de hecho, va a ser mi nuevo padre.

—Me gustas más que mi otro papá —le digo al señor Bowman—. Tienes coche.

El coche es de color verde claro, el semáforo se pone verde... y yo le doy luz verde al señor Bowman.

Tú no estabas

El recuerdo del señor Bowman me vino de nuevo cuando mamá me habló de él años más tarde. Rosie Bradley había mantenido a mamá informada acerca del estado mental de Denny, que empeoraba. Pasmado ante su comportamiento errático, papá anunció: «Es ridículo: el niño no se puede quedar ahí. Denny ha perdido la chaveta». Y decidieron que Denny viniera a vivir con nosotros hasta que su condición mejorara. A veces pienso que si no hubiera sido por su demencia evidente, quizá nunca habría vuelto de Westgate.

En julio de 1952, mamá vino en tren a recogerme a Westgate, no con papá, sino con Dennis Bowman y Jimpy, a quien estuve encantado de ver. En el tren de regreso, no obstante, pareció evidente que mamá no estaba preparada para tenerme de vuelta. La irritaba que no dejara de moverme, ni de moquear. Nada le parecía bien. Dennis Bowman le dijo con serenidad: «Tienes un hijo encantador. Déjalo tranquilo».

Durante el tiempo que había estado ausente, los niños de mi edad en Acton se habían dividido en dos pandillas. Jimpy era el jefe de la más grande, autoridad que renovaba con la carrera semanal que siempre ganaba. El día en que volví, casi le gano de milagro, y de golpe me vi promovido a lugarteniente. Después de la carrera, me fui al andamio de trepar del parque, que estaba ocupado por un chico de aire amenazador que me soltó despectivamente: «Aquí no te subes, chaval».

Normalmente, me habría rajado, pero un nuevo brío me impulsó a desafiarlo. Me puse a escalar, y cuando el chico me empujó, lo empujé yo tan fuerte que se cayó. Mientras se sacudía el polvo

de los pantalones, pude ver que ya pensaba en darme una lección, pero alguien le susurró algo al oído. Se alejó quedamente; con casi toda seguridad le habían informado de que yo era amigo de Jimpy. Me sentía feliz y seguro en una pandilla de chicos, protegido por un macho alfa.

Al tiempo que mi infancia mejoraba, las cosas experimentaron una nueva sacudida. Parecía que iba a perder a uno de mis queridos padres. No supe los detalles del caso hasta años más tarde.

«Papá accedió a dejarme ir y que te vinieras conmigo. Y entonces le ofrecieron un trabajo a Dennis en Oriente Medio —me contó mamá—. Dennis era un exoficial de la RAF con buena formación en el extranjero, y a causa del embrollo en que me había metido aquí, firmó para un empleo fuera del país. Al final, le concedieron un puesto en Adén. Mucho dinero.»

Luego papá cambió de parecer.

«Tan pronto como Cliff supo que te iba a llevar a Adén, volvió y dijo: “Siéntate, quiero decirte algo.” Yo ya tenía los billetes, el tuyo y el mío. Cliff dijo: “He cambiado de opinión: no te vas a llevar a Peter. Es demasiado lejos. Piensa en ello, ¿de verdad quieres ir?”. Así que pensé en ello, y al final decidí que lo volvería a probar con tu padre.»

Me preguntaba qué quería decir mamá con lo del «embrollo» en que Dennis Bowman la había metido. ¿Estaba embarazada? «Sí. Y estaba bastante castigada en ese sentido. —Vaciló—. Había tenido ya algunos abortos. —Hizo una larga pausa—. Abortos provocados.» Tras pasar por la experiencia de un aborto clandestino, mamá había decidido que en adelante iba a terminar ella con sus embarazos. «Lo hice cinco veces.»

Tenía siete años y era feliz de estar de nuevo en casa, de vuelta al ruidoso apartamento con la letrina en el patio trasero y con el delicioso aroma de la cocina judía en el piso de arriba. Todo aquello

me daba seguridad. Por la mañana, al afeitarse, Jerry Cass seguía poniendo su radio —la emisora *Third Programme* de la BBC: música clásica, orquestal sobre todo— increíblemente alta durante quince minutos. (A mí me sigue gustando despertarme con Radio 3, tal como se la llama ahora.) Mientras me acostumbraba a mi vieja rutina, la vida se me antojaba prometedora. Papá seguía ausentándose a menudo, saliendo de gira o para actuaciones de una noche, pero mamá siempre estaba. A veces se la veía algo distraída, pero ya no confiaba mis cuidados a Denny.

En 1952, los Squadronaires fueron contratados para actuar en verano en el Palace Ballroom de Douglas, en la isla de Man, y el trato se iba a extender a lo largo de diez temporadas. En aquel primer verano alquilamos un apartamento para todas las vacaciones. Mamá, que todavía andaba desenredándose de su lío amoroso, se hizo con un apartado de correos secreto en la estafeta, donde iba a recoger la misiva diaria de Dennis Bowman.

El apartamento vacacional de una habitación era un semisótano en un bloque grande. Mi cama estaba en la sala, un entarimado junto al comedor. A veces me despertaba y me encontraba a papá descalzo, que entraba a hurtadillas, después de una noche en el bar, o bien que trataba de escabullirse.

Yo quería a Jimpy como a un hermano. Juntos, planeábamos juegos fantásticos e imaginativos. También éramos grandes exploradores. En Douglas, la capital de la isla de Man, donde Jimpy se quedaba con nosotros, descubrimos una vieja mansión ruinoso cercada por un muro alto por el que trepábamos para ir a robar manzanas. La casa parecía abandonada. Conseguimos colarnos en un porche y, escurriéndose por el ojo de la cerradura, atisbamos un coche antiguo. A través de otra cerradura vimos una mesa cubierta por lo que parecía ser un tesoro: viejos relojes, herramientas, cadenas. Tratamos de forzar las puertas, pero estaban perfectamente trabadas.

La vida de explorador era divertida, pero lo mejor de todo era ir a las actuaciones de los Squadronaires. Había que vestirse de modo elegante, y mamá nos daba unos chelines para comprar patatas fritas y batidos. Antes de empezar el baile, permanecíamos en medio de la inmensa pista vacía y saltábamos suavemente arriba y abajo: el pavimento se había instalado sobre muelles. Luego éramos libres para merodear, escuchar la música y observar cómo revoloteaban los bajos de los vestidos de las bailarinas adolescentes. A veces practicábamos algunos pasos de baile, por cuenta propia, en el extremo del parque de roble.

Los domingos había conciertos en el Palace Theatre, junto a la sala de baile, donde los Squadronaires acompañaban a otros intérpretes, algunos bastante especiales: Shirley Bassey, Lita Roza, Eartha Kitt, Frankie Vaughan, Morton Fraser Harmonica Gang, y también a un puñado de humoristas. Creo que incluso vimos a Georges Formby, dándole a su estúpido banjo. Recuerdo la novedad que supuso ver a un músico que rasgueaba una guitarra eléctrica mientras tocaba una pequeña armónica. Tenía un aspecto ridículo, y la armónica sonaba tan estridente que parecía el chillido de un ratón atrapado entre sus dientes. Con todo, se convirtió en un habitual de aquellos conciertos, de modo que casaba bien con aquel público.

Al final, me entraron ganas de aprender a tocar la armónica, y empecé a practicar seriamente con la de papá.

Aquel año en la isla de Man hubo momentos maravillosos. Me enamoré de una rubita más joven que vivía al lado. Un día, mientras jugábamos a papás y a mamás bajo una tienda, la tuve entre mis brazos y por un instante me sentí como un adulto. Recuerdo que, más tarde, su madre me dijo que la niña sería una «rompecorazones» cuando creciera. No tenía ni idea de a qué se refería, a pesar de sentir el palpito acelerado de mi corazón.

Hacia el final de estas primeras vacaciones en la isla de Man, mamá se trajo a Denny y me dejó a su cuidado, mientras ella volvía

a Londres para poner fin a su lío con Dennis Bowman. Mamá y papá empezaron aquel otoño a restablecer su vida amorosa. Intentaban tener otro hijo para estabilizar la familia y darme un hermano. Ahora sé que el motivo por el que tardaron tanto – mi hermano Paul no nació hasta cinco años después – era el maltrecho sistema reproductivo de mi madre. Si hubiera tenido las ideas más claras acerca del hombre con quien quería estar, no se habría maltratado del modo en que lo hizo.

Debió de ser difícil para mi orgulloso padre volver con mamá, después del episodio con Dennis Bowman. No creo que supiera lo de sus abortos. En caso de que lo hubiera sabido o sospechado, eso ayudaría a explicar su modo de beber y sus ausencias. También podría explicar por qué, después de la reconciliación, se lo solía ver más cómodo con su esposa e hijos cuando estaba achispado. Sólo entonces era capaz de expresar afecto.

En septiembre de 1952, empecé en la escuela primaria Berrymede. Recuerdo llegar a casa y encontrarme a Denny curioseando por la ventana de la terraza como un extraño animal atrapado. Mamá y papá le habían dejado su dormitorio, que ella había inundado con el triste botín de sus años como amante del señor Buss: cepillos de plata de ley, estuches de manicura y encendedores de mesa Ronson. Ojalá pudiera decir que lo sentía por ella, pero creo que no sería verdad.

Fue por entonces cuando me convertí en un pirómano. Iba de puerta en puerta pidiendo cerillas a mis vecinos, aduciendo que mamá se había quedado sin. No le prendí fuego a ninguna casa, sólo a montones de escombros en algún rincón bombardeado, o a coches abandonados. Hubo un día en que calculé mal: levanté una ciudad con bloques de construcción debajo de una furgoneta refrigerada que me pareció abandonada, rellené la ciudad con papeles y le prendí fuego. El ocupante de la furgoneta salió pegando gritos: «¡Gasolina! ¡Gasolina! ¡Nos matarás a todos!».

En otra jornada de propósito destructivo, Jimpy y yo colocamos una pieza enorme de metal sobre las vías del tren, bajo un puente, y nos retiramos. Al aproximarse el tren, huimos esperando oír el estruendo de un accidente ferroviario terrible. Aquello no sólo podría haber herido o matado a gente, sino que podría habernos abocado a una vida bien distinta, a merced del sistema penal. Gracias a Dios que el tren pasó sin descarrilar.

Nuestro gran pasatiempo doméstico era la radio. La televisión había llegado en 1952, pero nuestra familia, como otros millones de familias más, esperó a 1953, a la coronación de la reina, antes de comprar una pantalla. Yo leía también un montón de tebeos y los libros de Enid Blyton con Noddy de protagonista, que habían aparecido en 1949 y seguían en boga. Papá construyó la maqueta de un velero, que algunos domingos nos llevábamos al estanque redondo de Hyde Park. También me llevaba a las carreras de galgos, que me parecían mágicas, sobre todo las del White City Stadium. Y siempre me daba más dinero del necesario.

Berrymede estaba en el vecindario pobre de South Acton, y un día, en mi primer curso escolar, le dije a un niño en el patio que papá ganaba treinta libras a la semana. Me llamó mentiroso —la paga media era menos de una tercera parte de esa cifra—, pero yo me mantuve en mis trece porque era cierto. Casi llegamos a las manos antes de que interviniera un profesor, advirtiéndome de que dejara de contar mentiras: «Nadie gana tanto dinero. ¡No seas tonto!».

Puede que papá ganara bien, pero la cosa se notaba poco en nuestro estilo de vida (ropa de mamá aparte). Yo vestía unos feos pantalones cortos grises y un suéter de lana, largos calcetines grises que se me caían a los tobillos, unos zapatos embarrados y una camisa blanca que nunca lucía blanca del todo. No teníamos coche, vivíamos en un piso alquilado y raramente salíamos de vacaciones o de viaje, a no ser que fuera por el trabajo de papá. Teníamos un gramófono, pero

durante toda mi infancia escuchamos siempre la misma veintena de discos, hasta que yo empecé a comprar algunos por mi cuenta.

Uno de los pocos discos infantiles que había era *The Teddy Bear's Picnic*, con el tema «Hush, Hush, Hush! Here Comes the Bogeyman!» que interpretaban Henry Hall y la BBC Dance Orchestra. Lo ponía muy a menudo, pero incluso entonces ya prefería el sonido de las big bands modernas, como las orquestas de Ted Heath, Joe Loss y Sidney Torch, con quien mamá había sido vocalista invitada antes de casarse. Mi vida con Denny en Westgate me dejó un poso de antipatía por las melodías de Broadway: los inquietantes acordes de «Bali Hai» del musical *South Pacific* crepitaban a diario desde la gran radiogramola de Denny, que el señor Buss le había regalado. Por entonces sólo había una canción de *South Pacific* que me gustara: «I'm Gonna Wash that Man out of My Hair», aunque por culpa de la brutalidad con que me aseaba Denny, incluso ésta adquirió cierto matiz siniestro.

1953 estaba siendo uno de los años más felices de mi vida, pero entonces Jimpy se mudó de casa. Aunque ya no íbamos a la misma escuela, había sido el centro de mi vida hasta el momento. Y ya no estaba. Mis padres decidieron sustituirlo por un cachorro de Springer Spaniel. Recuerdo un soñoliento despertar en el día de mi cumpleaños, cuando me fue presentado este adorable y adormilado cachorro, ovillado en un sillón. Le llamamos Bruce.

Bruce se convirtió en mi mayor alegría, aunque era descaradamente desleal. Si algún amigo de la pandilla o un vecino lo llamaba —«¡Bruce!»—, el desvergonzado animal acudía a él inmediatamente; hiciera lo que hiciera, se negaba a venir a mí. A nadie de la familia se le ocurrió jamás entrenar al perro, y de resultas de ello Bruce pasaba mucho tiempo merodeando y ladrando por el barrio.

Un día de verano, un fotógrafo del barrio tomó una fotografía, publicada en la *Acton Gazette*, en que Bruce y yo aparecíamos reclinados contra un muro, al sol vespertino, casi sesteando. En aquellos

días, la acera era como un banco infinito en el que sentarse. Como aprendices de vagabundos, dondequiera que nos sentáramos por el barrio, parecía que nos dedicáramos a controlar a los pasantes.

Nuestras aventuras de pandilla eran cada vez más osadas. Cuando fuimos algo mayores, empezamos a sentarnos bajo el puente de West Acton, sobre la línea férrea principal en dirección oeste, la GWR. Siempre dejaban abierto el acceso en Twyford Avenue, y bajo el puente, a resguardo de la lluvia, podíamos esperar a que los rápidos West Country y Welsh provenientes de Paddington se fueran aproximando hasta pasar retumbando ante nosotros a toda máquina. Una vez en que se acercaba un tren, arrojé distraídamente un palo por encima de las vías. Bruce —con instinto de perro cobrador— brincó tras él, la locomotora atronó al pasar por encima, y yo tuve la certeza de que lo había matado. De pronto, con el palo entre los dientes, apareció entre las grandes ruedas motrices, cabeceando arriba y abajo por efecto del eje de transmisión, y se las apañó para saltar por en medio sin lastimarse. Depositó el palo a los pies de Peter S., su vecino favorito, mientras yo lo contemplaba atónito, tanto por su invulnerabilidad como por su deslealtad.

Un día llegué a casa y Bruce ya no estaba. Lo habían devuelto a su perrera de origen, dijo mamá. Yo sabía, en el fondo, que lo habían liquidado, pero le seguí el juego a mi madre para que mi disgusto no la disgustara. Traté de consolarme pensando que si mamá no lo hubiera hecho sacrificar, tampoco habría tardado en morir.

Bruce había sido más que un compañero. Al desaparecer de golpe, me quedé desolado: no sólo por el perro, sino por aquél a quien se suponía que había reemplazado. Cuando Jimpy vivía con nosotros, nuestra casa parecía un auténtico hogar.

En junio de 1953, contemplamos en directo la coronación en la abadía de Westminster con nuestro recién estrenado televisor de nueve pulgadas. Las imágenes apenas se veían, a menos que apagáramos

las luces y corriéramos las cortinas. Hasta entonces, si mis padres querían bajar al pub tenían que llevarme con ellos o contratar a una canguro. Ahora, con la televisión para distraerme, me dejaban solo en casa.

Asustado, solía ver a solas la aterradora serie de ciencia ficción *The Quatermass Experiment*. Al regresar a la Tierra, el único superviviente de una misión espacial, contagiado por alienígenas, se va convirtiendo de manera gradual y espeluznante en un vegetal monstruoso. Aunque los efectos especiales eran primitivos, su impacto psicológico era real y perturbador, y empecé a sufrir terribles pesadillas. Quizá como acto inconsciente para que mis padres volvieran a casa, solía jugar con la estufa eléctrica: doblaba recortes de periódico y los encendía en las barras incandescentes. Por suerte, no le prendí fuego a la casa.

Mis padres seguían tratando de rehacer su matrimonio, diría, y el pub y su círculo de amigos eran vitales en el proceso. En aquellos tiempos era más normal dejar a los niños solos, pero eso no implica que me gustara ni que me pareciera normal. También es verdad que mi experiencia de sentirme solo, diferente, ajeno ya era mucho más «normal» de lo que a mí me parecía.

Siempre he sido un soñador. Mi nueva profesora, la señorita Caitling, se daba cuenta y me ayudó. Me pilló un par de veces contando mentiras y me lo hizo saber, pero sin darle gran importancia. El modo como me manejaba esta inteligente mujer me impedía la posibilidad de culpar a una persona de autoridad por la vergüenza que me daba inventar camelos. No tenía más remedio que asumir mi culpa.

La señorita Caitling no era lo que diríamos una mujer hermosa o guapa. Era más bien fornida, de cabello corto y oscuro, algo hombruna, y calzaba zapatos feos de maestra. Sin embargo, sus ojos oscuros estaban llenos de comprensión y calidez. Era una defensora

del oprimido, una maestra perfecta para el degradado vecindario en que ya se había convertido South Acton. No era ni una vampiresa frívola (como mamá) ni una bruja malvada (como Denny); era un nuevo tipo de mujer en mi vida.

En cuanto a las chicas de mi edad, yo confiaba enteramente en la orientación de mis compañeros. Pero sabían menos que yo. Ni siquiera papá era de gran ayuda. Una noche, borracho, me contó de qué iba la vida. «Entonces el hombre como que se mea dentro de la mujer», dijo. El resto de los detalles eran explícitos, de modo que no sé por qué maquillaba esa parte crítica. Recuerdo que comuniqué los hechos, tal como los había entendido, a un joven amigo, y recuerdo su pasmo ante el hecho de que la humanidad fuera gestada mediante orina.

El 8 de mayo de 1955, papá estaba tocando en el Green's Playhouse de Glasgow cuando recibió un telegrama de Norrie Paramor de Parlophone Records, un sello de EMI, que le ofrecía un contrato de grabación como solista. El disco de papá, *Unchained Melody*, salió el 31 de julio de 1956. Todas las tiendas de discos del barrio aparecieron empapeladas con su atractivo rostro. Aunque nunca fue un gran éxito, *Unchained Melody* fue versionado por al menos otros cinco músicos, tres de los cuales, creo, aparecieron en las listas de éxitos simultáneamente. ¡Mi padre estrella del pop! Quería ser como él.

En verano fuimos como de costumbre a la isla de Man. En una ocasión, mientras la banda tocaba en el Palace Ballroom, dos chicas adolescentes se me sentaron una a cada lado y empezaron a pitorearse. Iban vestidas con falda larga y enaguas, propias de la época, zapatos bonitos y corpiños escotados. Me sentí como un crío, y los ojos se me iban tras los altibajos de sus escotes, mientras discutían de qué miembro de los Squadronaires se habían encaprichado. Una dijo enseguida que del batería. La otra se lo pensó un poco, y por fin escogió al saxofonista.

—¡Es mi padre! —exclamé.

Su decepción ante el hecho me desconcertó.

El incidente sirvió para dos cosas: me convenció para convertirme en músico, y asentó para siempre un prejuicio contra los baterías y su sexapil de endiablado pedaleo.

En 1956, por música popular todavía no solía entenderse rock'n'roll. Con todo, un programa que papá y yo escuchábamos, *The Goon Show*, presentado por Peter Sellers, Spike Milligan y Harry Secombe, solía incluir algunas primeras grabaciones de rock registradas por la BBC. Uno de los músicos del programa era Ray Ellington, un joven batería y vocalista inglés, también artista de cabaret. Con su cuarteto solía cantar temas como «Rockin' and Rollin' Man», que compuso especialmente —y diría que apresuradamente— para el programa. Aquello se me antojaba una especie de jazz híbrido: música swing con una letra idiota. Pero sonaba joven y rebelde, como el propio *The Goon Show*.

Mis padres no veían gran talento musical en mí, sólo una voz aguda, nasal, de soprano. Tenía prohibido tocar los clarinetes o saxofones de papá, y debía limitarme a mi armónica.

En mi primera incursión en el ámbito de la pesca en la isla de Man, fracasé contra una trucha enorme y me consolé tocando la armónica bajo la lluvia. Me extravié en el sonido del instrumento, y entonces experimenté una vivencia extraordinaria que me cambió la vida. De pronto, estaba oyendo música dentro de la música: una belleza armónica, rica y compleja que había estado encerrada en los sonidos que yo creaba. Al día siguiente salí a pescar con mosca, y esta vez el murmullo del río desató un manantial de música tan vasto que me pareció estar entrando y saliendo de un trance. Aquello fue el principio de mi conexión vital con los ríos y el mar, y con lo que podría describirse como la música de las esferas.

Sentía gran atracción por el agua. Un amigo de la escuela era Sea Scout, y a los once años me impresionaban su elegante uniforme y sus insignias. Me llevó a conocer al líder de la tropa, y enseguida me enrolaron para un «fin de semana de barracón» a fin de familiarizarme con el campamento. Papá habló con uno de los ayudantes del líder, y le despertó suspicacias. Me dijo que el individuo no sabía ni izar la bandera nacional, y dudaba que alguna vez hubiera estado en la Marina. Cuando lo apremié un poco, papá me dijo que el tipo le parecía «invertido», un término que no comprendí.

Al final, accedí a dejarme ir el fin de semana. La sede de la tropa estaba en el Támesis, donde había un gran cobertizo que hacía las veces de dormitorio, y también una gran barca de remos amarrada: se trataba de un viejo bote salvavidas en el que sacaban a navegar a los chicos. Llegamos el sábado y nos pasamos la tarde practicando nudos marinos con un gráfico de muestra, pero ni los dos adultos presentes lograban apañarse. Tras un almuerzo de fritura mixta, empezó a oscurecer y nos apresuramos para una breve salida en barca por el río.

La marea estaba alta y no era muy seguro remar, así que los hombres montaron un viejo motor fueraborda en la popa y lo pusieron en marcha. Mientras pasábamos ante la Old Boathouse de Isleworth, de nuevo empecé a oír la música más extraordinaria, espoleado por el gemido del motor y el chapoteo del agua contra el casco. Oía violines, chelos, trompetas, harpas y voces, que se iban incrementando hasta que pude escuchar incontables secciones de un coro angelical; fue una experiencia sublime. Jamás he vuelto a escuchar una música parecida, pero mi gran ambición musical siempre ha sido la de descubrir ese sonido y reavivar su efecto en mí.

En el clímax de mi trance eufórico, el bote varó contra la orilla embarrada frente a la choza de la tropa. La música cesó. Desolado, empecé a llorar. Uno de los hombres me tapó con su abrigo y me llevó hasta el campamento, donde me acomodaron junto a la estufa

para que me calentara. Les pregunté a los otros chicos si habían oído cantar a los ángeles, pero ninguno respondió.

Un rato después estaba desnudo bajo una ducha fría instalada detrás del barracón. Era casi de noche, había una bombilla desnuda detrás de los dos hombres que permanecían viéndome temblar bajo el chorro de agua helada. «Ahora sí que eres un Sea Scout de verdad —dijeron—. Esta es nuestra ceremonia de iniciación.» El único ceremonial que practicaban esos dos era la paja que se estaban cascando a través de los bolsillos del pantalón. Yo me estaba congelando, pero no me dejaron ir hasta que consumaron su clímax furtivo. La cosa me asqueó, y también me contrarió porque sabía que ya no volvería: nunca iba a conseguir mi uniforme de marino.

Sólo recuerdo una riña terrible entre mis padres. Yo permanecí sentado y aterrado en el comedor, mientras la vajilla se hacía añicos en la cocina; creo que mamá llegó a amenazarlo con un cuchillo. Me inmiscuí llorando como un actor, pero papá me regañó: odiaba el melodrama, al que yo estaba contribuyendo. En casa también se daban fiestas, y papá a veces invitaba a músicos. Su música me impedía dormir, y yo solía importunar y avergonzar a papá al irrumpir llorando en la sala quejándome ante sus amigos por las molestias. Él me regañaba a su vez. El olor a tabaco, cerveza y whisky que flotaba por el pasillo resultaba inquietante para un niño.

Quizá como compensación por tenerme en vela con sus fiestas nocturnas, me regalaron una bicicleta negra, que yo le alquilaba cada día a mi amigo David para su ruta como repartidor de periódicos. Me pagaba seis peniques a la semana, pero un día vi que se subía a las aceras chocando contra el borde, y allí finiquité nuestro trato.

Con una bicicleta podía dar rienda suelta a mi espíritu errabundo: apenas había una calle o callejón que no explorara en un área de entre cinco y siete kilómetros cuadrados. Pero yo era de los pocos que tenía bicicleta en la pandilla, y aquellas excursiones acentuaron

mi sensación de soledad. Pedaleando con la bici a menudo me parecía entrar en una suerte de trance. Una vez circulaba con la cabeza llena de voces angelicales y el camión de la basura casi me mata en lo alto de mi calle, cuando viré bruscamente a su paso.

Practiqué con ahínco para aprender el peliagudo tema de armónica «Dixon of Dock Green», interpretado por Tommy Reilly, con mi primera armónica cromática. Nadie se sintió mínimamente impresionado por la hazaña, y me di cuenta de que aquél no era el instrumento más idóneo para aspirar al estrellato.

Como muchos de mis compañeros, solía pasar largas y tediosas horas en el exterior de los pubs, con una bolsa de patatas fritas y un refresco en la mano, preguntándome por qué sólo se me permitían tales caprichos cuando mis padres se estaban emborrachando. En una ocasión me pillaron robando. Había acudido a la librería para comprar unos libros juveniles que entonces coleccionaba. Pagué dos y traté de irme a casa con seis. Lo curioso del caso es que sabía que me iban a coger. Llamaron a la policía, que me interrogó antes de soltarme.

Papá no dijo nada acerca del incidente. Lo que recuerdo es la advertencia más bien amable del agente de policía: «Esta es la primera vez, hijo. Que sea la última: es un camino terrible el que has emprendido». ¿Un camino terrible? Era un buen poli, pero parecía obvio que yo no hacía más que matar el tiempo, aburrido y sin nada bueno que hacer. Para centrarme empecé a coleccionar cosas: maquetas de tren, cochecitos Dinky, tebeos, sellos de correos.

Decididamente yo no tenía un carácter académico, a pesar de que siempre escribía historias y dibujaba profusamente, sobre todo batallas militares. Me obsesioné con dibujar planos para una flota fantástica de autocares de dos pisos. Los autocares de mi flota contenían aulas, salas de juegos con trenes eléctricos, piscinas, salas de cine, auditorios y, a medida que me acercaba a la pubertad, añadí un espacioso vehículo que albergaba a una colonia nudista, con una sala para los arrumacos.

Durante unos años asistía a la escuela dominical y cantaba regularmente en el coro de la iglesia. Al acostarme solía cantar mis plegarias en la boca de mi bolsa de agua caliente, que sostenía como si fuera un micrófono. Mis padres seguían reacios a aceptar que yo tuviera talento musical alguno. Daba igual, yo era un visionario. ¿Una colonia nudista móvil con sala de arrumacos? ¡A mi edad eso no se le hubiera ocurrido ni a Arthur C. Clarke!

Cuando acudíamos a visitar a Horry y a Dot, no sólo veía a mis queridos abuelos, sino también a la tía Trilby, la hermana de Dot. Trilby era soltera cuando la conocí, y tenía un piano en su apartamento. El único piano que yo tenía ocasión de tocar. Tril era capaz de leer partituras, solía interpretar clásicos ligeros y temas populares, pero nunca le dio por enseñarme demasiado. En lugar de eso, me entretenía leyéndome la mano y con interpretaciones del tarot, prácticas según las cuales yo tenía el éxito asegurado o, cuando menos, la garantía de una «gran» vida.

La tía Trilby me proporcionaba papel de dibujo y me felicitaba por mis rápidos bocetos. Pasado un rato, yo me iba hasta el piano y, tras comprobar que andaba sumida en sus labores o en la lectura, empezaba a tocar. El instrumento nunca estaba bien afinado, pero yo me dedicaba a explorar el teclado hasta dar con la combinación que buscaba.

Un día di con unos acordes que me exaltaron. Mientras los tocaba, sentía vibrar mi cuerpo entero, al tiempo que mi cabeza se llenaba con una música orquestal de lo más perturbadora y compleja. La música parecía elevarse cada vez a mayor altura, hasta que dejé de tocar y bajé de nuevo al mundo.

—Es precioso —dijo Tril, levantando la vista de lo que fuera que estuviera haciendo—. Eres un auténtico músico.

Como Tril tenía fe en mí, me volví algo místico por su influencia. Le rezaba a Dios, y en la escuela dominical acabé por amar y admirar

genuinamente a Jesús. En el cielo, donde vivía, era completamente normal la extraña música que yo oía a veces.

La señorita Caitling siguió alentándome para que explotara mis fantasías en un sentido práctico a través de la escritura y del arte. Empezó por invitarme a contar historias por entregas ante la clase, que yo iba inventándome a medida que avanzaba. Al recordarlo, veo que mis compañeros de clase se quedaban atrapados tanto por la emoción de ver cómo desentrañaría mis embarulladas tramas, como por las propias aventuras. En ocasiones, si la cosa se me desmandaba, me limitaba a soltar una bomba atómica sobre los personajes y empezaba de nuevo.

No me incomodaba estar ante el público. También descubrí que podía improvisar con gracia. Si había algo que no sabía, me echaba un farol para sortear el escollo. En el último año que pasé en Barrymede, a los que me preguntaban acerca de mis aspiraciones les decía que iba a ser periodista. En el verano de 1957, en la isla de Man, Jimpy nos hizo una visita y juntos lo pasamos en grande. Papá nos llevó al cine a ver un musical, luego le pregunté qué le había parecido la música y dijo que tenía cierto swing, y todo lo que tuviera swing estaba bien.

Para mí estaba más que bien. Después de haber visto *Rock Around the Clock* con Bill Haley, ya nada volvería a ser lo mismo.

Una venganza adolescente

Yo seguía tocando la armónica, y mejoraba cada día, pero estaba claro que el instrumento fetén era la guitarra. Jimpy y yo nos quedamos cautivados con *Rock Around the Clock*, y la banda de Haley sólo contaba con un saxofonista. Marcaban su legado Country & Western con una guitarra *pedal steel* (guitarra de acero con pedal), y aquel swing resultaba vivaz y sumamente alegre, casi frenético. A menudo las letras eran un sinsentido. Hoy día casi todas las letras del rock primerizo se suelen interpretar en cierta clave sexual secreta, pero yo nunca me di cuenta de eso.

Bill Haley me gustó sólo unos cuantos meses; Jimpy, en cambio, se había pillado del todo y se compró varios discos suyos y de Elvis. Mientras seguía conmigo en la isla de Man, él y una chica mona llamada Elaine —de quien los dos nos habíamos encaprichado— empezaron a cantar juntos canciones de Elvis. Yo me descolgué: Elvis me sonaba cursi, un bobo que cantaba sobre perros con voz arrastrada. No me cabía en la cabeza. Lamentablemente, yo me había perdido sus primeros grandes lanzamientos como «That's Allright Mama» y «Heartbreak Hotel», y había caído directamente a manos de «Hound Dog» y «Love Me Tender», una canción que me daba ganas de vomitar, sobre todo cuando Jimpy y Elaine se la canturreaban el uno a la otra. En sus películas (aparte de *El rock de la cárcel*), Elvis confirmaba la imagen de memo que tenía de él.

Después de las vacaciones, empecé mi segundo año en la escuela Acton County, preparatoria para secundaria. Para gran alegría de mis padres, mi madre por fin se quedó embarazada y dio a luz a mi hermano Paul. Papá hizo planes de mudanza a un piso más grande, y encontró uno en la misma calle donde seguían viviendo sus padres, en Uxbridge Road. La cosa tenía buena pinta. En el nuevo piso,

en Woodgrange Avenue, me sentaba en un escalón del comedor vacío y me ponía a tocar la armónica. Sabía que allí seríamos afortunados. Tenía mi cuarto con su puerta, y tenía a Paul, el hermano que siempre había querido.

Aquel otoño, papá nos consiguió entradas a Jimpy y a mí para ir al concierto de Bill Haley en el viejo cine Regal, en Marble Arch. Yo fui más que nada por acompañar a Jimpy. Teníamos asiento en el gallinero, al fondo de todo, rodeados de bulliciosos adolescentes algo mayores que nosotros. La estructura de la sala estaba dañada por los bombardeos de la guerra, y cuando el público brincaba alborozado toda la grada vibraba. (El edificio fue demolido meses más tarde.)

Varios chavales de la escuela habían pillado el gusanillo del rock, pero su interés parecía limitarse a silbar cualquier disco que fuera número uno en las listas del momento. Jimpy consiguió que su padre le hiciera una guitarra. Posaba delante del espejo, meneándose como Elvis y rasgueando aquellas cuerdas de piano desafinado con que su padre había equipado la improvisada guitarra. Un día agarré aquella caja de madera y, sin saber muy bien cómo, le saqué una melodía de oído. Jimpy se quedó patidifuso. Fue a la habitación donde nuestros dos padres estaban bebiendo y los traje para que me escucharan. Papá no dijo gran cosa, pero Fred Beard dijo: «Si es capaz de tocar con eso, lo podría hacer muy bien con una guitarra de verdad».

Papá no estaba convencido. Le di la lata, pero como nunca había seguido su consejo de aprender a leer música, no se tomaba muy en serio mis aspiraciones. (Sin un piano en casa, tampoco sé cómo pretendía que aprendiera.)

Curiosamente, fue Denny quien intervino en mi favor. Me compró una guitarra que vio colgando en la pared de un restaurante, cuyo propietario era amigo suyo. Era un instrumento atroz, casi más duro de tocar que el que Fred le había hecho a Jimpy, pero yo estaba

encantado. Después de encordarla debidamente, empecé a aprender algunos acordes. Al poco, tres cuerdas se habían roto y el mástil empezaba a torcerse, pero reduje la tensión y me apañé con las tres cuerdas restantes.

Un día andaba rasgueando cuando el amigo trompetista de papá Bernie Shape me oyó en mi habitación y se asomó. «Bien, Pete, vas bien», dijo. «¿Qué me dices, Cliff?». No hubo respuesta de papá, pero solo en mi cuarto intentando tocar las notas de oído, empezaba a vislumbrar la posibilidad de dejarlo atrás con sus gloriosas tradiciones musicales. En el fondo, presentía que los días de mi padre se acercaban a su fin.

En 1957, Chas McDevitt grabó un éxito nacional con una canción llamada «Freight Train», que oí por primera vez en la BBC, en versión de Nancy Whiskey. Al escuchar aquel sonido *skiffle* doméstico y entrañable me di cuenta de que con una guitarra y unos pocos acordes se podían componer discos de éxito.

Debido a la amenaza real e inmediata que dicha música *skiffle* suponía para la carrera discográfica de mi padre —y así, para la seguridad familiar (en la televisión todavía no había visto ni a un saxofonista ni a un clarinetista)—, yo contaba con una perspectiva única sobre los cambios sutiles que se iban registrando en la sociedad. Tras décadas de lidiar con amenazas militares, nuestros padres se enfrentaban ahora al peligro interno. Se le acabó llamando «juventud». Y yo había ido a engrosar las filas de tantos coetáneos al hacerme con una guitarra, aquel instrumento que amenazaba la carrera de mi padre. Quizá por eso lo retrasé un poco y me entretuve un tiempo con el banjo, para tocar jazz dixieland.

El grupo de amigos del colegio con quienes tocaba estaba lleno de potenciales sustitutos de Jimpy. Chris Sherwin estudiaba batería, y con Phil Rhodes al clarinete y John Entwistle a la trompeta nos veíamos cada semana para ensayar como cuarteto, en el que yo

tocaba el banjo. El grupo se llamó los Confederates. En la primavera de 1958, cuando empezamos, yo sólo tenía doce años, pero ellos ya eran adolescentes. A John Entwistle lo conocía un poco, y disfrutaba con su sentido del humor. Chris Sherwin actuaba como el líder, en parte porque nuestros ensayos eran en casa de su padre en Ealing Green.

Nuestro primer bolo como los Confederates fue en el Congo Club de la Iglesia Congregacional de Acton, el 6 de diciembre de 1958. Tocamos para unas diez personas. Yo estaba paralizado por los nervios mientras interpretábamos una melodía que habíamos creado juntos a partir de un acorde de do que yo tocaba al banjo. Proseguimos con «Maryland» y «When the Saints Go Marching In», con un solo explosivo de Chris Sherwin a la batería. Después de terminar, observé atónito como John Entwistle y el resto de chicos se ponían a bailar con las chicas. Una de ellas trató de mostrarme los pasos, pero no acertaba a seguirla. Hoy sigo sin poder bailar *jive*.

Y cuando las luces se apagaron y empezó el besuqueo, me escabullí para casa.

Un día, mientras hurgaba por Miscellanea, la tienda de segunda mano que ahora tenían mis padres, encontré una mandolina, lo que avivó mi interés por los instrumentos antiguos. Papá disfrutaba de la informalidad y el ritmo pausado de la tienda; a menudo cerraba a la hora de comer y se iba al pub. En verano, me fui con él los pocos días laborables en que tocaba en la isla de Man, y para cuando volví me di cuenta de que mientras me dedicaba a progresar con el banjo, otros chicos también se habían estado aplicando con la música.

John Entwistle, Chris Sherwin, Phil Rhodes y Rod Griffiths ensayaban regularmente con el grupo de jazz de Alf Maynard. Alf era un gran tipo, pero tocaba el banjo, de modo que yo estaba de más, aunque nos recuerdo a ambos lidiando con el banjo en un bolo de Navidad por el que la banda de seis miembros cobró dieciocho libras.

Por una breve temporada, formé parte de su mundo desenfadado y adulto e incluso me pude permitir mi primera guitarra decente. La compré en la tienda de mis padres por tres libras, estaba hecha en Checoslovaquia y tenía un sonido algo flaco pero agradable.

Mientras tocaba en la banda de Alf, veía menos a John Entwistle, y dejé la música un poco de lado mientras Chris trataba de acompañarme al ritmo de la adolescencia que me envolvía. Me llevó a ver mi primera película X, *Peeping Tom* (que resultó ser un thriller elegante en lugar de la guarrería que yo me esperaba). También me consiguió una segunda ronda de entrega de periódicos, con la que ganaba treinta chelines a la semana, lo que me parecía una suma fabulosa. Con todo, era una ruta difícil, y me tocaban la mayoría de los bloques alrededor de Ealing Common; en invierno era horrible. Una mañana fría y húmeda me dormí y fui despedido.

Mis padres me daban dinero extra por cuidar de mi hermano Paul, pero era un niño fantástico y me lo pasaba bien con él. Denny acechaba por ahí cerca, pero yo le lanzaba miradas ominosas, advirtiéndole de que, mientras yo anduviera por allí, Paul no iba a caer en sus manos de bruja. Su llegada hacía que nos sintiéramos como una familia de verdad, y nadie me iba a arrebatarse eso.

Mis padres volvían a ser amantes. Pasaban mucho tiempo en el pub, lo que por entonces no entendía, aunque ahora sé que ambos tenían problemas con la bebida. Papá la necesitaba para sentirse a gusto con su gente, y mamá trataba de aplacar el dolor enquistado causado por el abandono materno. Entonces volvió a quedarse embarazada, y mi hermano Simon nació en casa en octubre de 1960, cuando yo tenía quince años.

En el último curso de la escuela preparatoria —primavera y verano de 1961—, Chris Sherwin seguía siendo uno de mis íntimos amigos. Era muy cariñoso con el pequeño Simon, y sé que tenía un buen

corazón, pero empezó también a darme la vara por mis fracasos con las chicas. Un día, mientras volvíamos de la piscina a casa, me sacó de mis casillas y le dije que nos íbamos a pegar. Grandullón como era, se rió y se dio la vuelta.

Entonces, le di con la bolsa de la escuela en la cabeza; para mi sorpresa, se desplomó. Pensando que estaba haciendo el payaso, me fui, enojado. Segundos después sentí que, desde atrás, su puño me impactaba en un lado de la cabeza. «¿Cómo me dejas con ese golpetazo?», gritó. Difundió la nueva de mi «cobarde gesto» por toda la escuela, lo que maculó mi reputación hasta el punto de que John Entwistle parecía ser el único dispuesto a tener trato conmigo.

La cosa empeoró y mi buen nombre se hizo añicos. Un día volvía a casa en bicicleta y pasé ante unos chavales de la escuela que estaban arrojando piedras a la ventana de un anciano. Entonces apareció la policía. Los chicos escaparon y me pillaron a mí. Inculpatado por vestir el mismo uniforme escolar que los vándalos, me detuvieron y, con las acostumbradas amenazas de cárcel, me persuadieron para que diera los nombres de aquellos chicos.

A la mañana siguiente, el director hizo llamar a los chicos que yo había nombrado, y luego me llamó también a mí. Naturalmente, todos fuimos azotados con la vara. Y yo caí en lo más bajo cuando circularon rumores de que me había chivado. Mamá me recuerda sentado, abatido, en un parque junto a la escuela; llovía, pero yo era incapaz de entrar. Papá estaba tan preocupado que vino a hablar conmigo, pero yo estaba demasiado avergonzado para contarle mis problemas. Mi rendimiento escolar se resintió, y me recliné en mi guitarra, jurándome que ya me las arreglaría por mi cuenta.

Hacia el final del trimestre de primavera, había electrificado mi guitarra checa y comprado un pequeño amplificador. John había confeccionado su propio bajo, y ensayábamos juntos en mi casa. Solíamos acudir a un puesto de *fish-and-chips* de Acton y caminar

de vuelta a Ealing, compartiendo nuestros sueños con las lenguas escaldadas por el aceite.

Un día Denny irrumpió en mi cuarto mientras estaba tocando con John.

—¡Acaba con la maldita bulla! —gritó.

La miré fríamente sin replicar, agarré mi pequeño amplificador azul y lo arrojé con violencia contra la pared.

—¡A la mierda! —dije, impasible ante el ampli hecho añicos en el suelo.

Denny palideció y salió de la habitación.

—Estupendo —dijo John secamente.

John tocaba el bajo con un grupo que había formado nuestro amigo del cole Pete Wilson, un fan de Cliff Richard and The Shadows. Pete tocaba con entusiasmo pero torpemente, así que cuando me ofrecieron integrarme en la banda, me sentí halagado, pero dudaba. Tras haber madurado mi intención de ser artista, la idea de interpretar canciones de los Shadows no me volvía loco, pero Pete acabó siendo un buen amigo y era un líder natural y animoso.

Mick Brown, nuestro batería, era un músico competente y una de las personas más graciosas que he conocido jamás. Además, tenía una grabadora, la primera que yo había visto, y enseguida me di cuenta de que aquello podía ser un aparato extraordinariamente creativo. Me hizo mi primera grabación mientras yo tocaba «Man of Mystery» de los Shadows, solo a la guitarra checa. Sonaba bien, y pronto yo también me agencí una grabadora.

Me encantaba dibujar, hacer caricaturas, y me desenvolvía muy bien en las clases de arte de la escuela preparatoria. Además, durante las giras en autocar de mi infancia, me había ganado los halagos de Alex Graham, el creador de las famosas tiras cómicas de Fred Basset. El profesor de arte me alentaba para que tomara clases extraescolares, así que durante mi último curso en Acton County (1961) acudí

al Ealing Art College como estudiante de arte a tiempo parcial. Los domingos por la mañana asistía a clases introductorias con mi amigo Martin y su vecino Stuart, con la esperanza de dibujar modelos desnudas y bodegones. Martin lo dejó después de un tiempo, pero Stuart y yo seguíamos llevando nuestras carpetas a la sala de estudiantes, y tratábamos de vestirnos con un aire que nos parecía bohemio.

Para ganar algo de dinero, me puse a trabajar en Miscellanea. Mamá y yo solíamos transportar muebles, a veces casas enteras, y así me hice un físico fuerte y fibroso. También adquirí conocimientos sobre la naturaleza humana aplicables a los negocios. Casi todos los clientes regateaban; algunos, si se hacían con una ganga, solían pavonearse cuando volvían a aparecer por la tienda. Los anticuarios andaban siempre buscando gangas con sigilo.

En las últimas semanas de escuela, después de los exámenes, la atmósfera mejoró. Parecía que todos, salvo Chris, me habían perdonado, e incluso él había dejado de retarme con la mirada. La banda de dixieland de la que había sido excluido, ensayaba antes y después de ir a clase y, visto que Alf no podía entrar en el recinto escolar (era mayor y tenía trabajo), fui invitado a formar parte con mi banjo. Una cosa estaba clara después de los meses que había pasado alejado del grupo: yo había progresado más que el resto. En la escuela, por vez primera, me sentí parte de la humanidad.

Roger Daltrey había sido expulsado por fumar, pero seguía apareciendo sin reparos para visitar a sus colegas. Conocí a Roger después de que éste le ganara una pelea en el patio a un niño chino. Las tácticas de Roger durante la riña me parecieron ruines, y cuando protesté, se encaró conmigo y me forzó a retractarme. A partir de entonces, solía verlo al pie de Acton Hill, cargado con una exótica guitarra eléctrica blanca que se había hecho él mismo. Normalmente andaba con Reg, un amigo al que conocía de la infancia, y que llevaba un amplificador VOX de quince vatios. Cosa sería.

Estaba fuera de la clase hablando con el tutor del último curso, el temible señor Hamlyn, cuando Roger apareció contoneándose con su indumentaria de teddy boy: el pelo peinado en un tupé a lo grande y los pantalones tan ajustados que lucían cremalleras en las costuras. El señor Hamlyn saludó a Roger con la cansina paciencia de quien sabe que sería inútil interrogarle por aparecer en una institución que no quería saber nada de él. Hasta su expulsión, Roger había sido un buen alumno, y creo que Hamlyn lo respetaba a regañadientes.

Algunos chicos nos miraron con interés, con la curiosidad de saber si Roger todavía me tenía ojeriza. Pero éste me informó sin más de que John le había dicho que yo tocaba la guitarra bastante bien, y que si se presentaba la oportunidad de unirme a su banda, ¿me interesaba? Me quedé pasmado. La banda de Roger, los Detours, solía tocar en fiestas. Interpretaban canciones Country & Western, «Hava Nagila», música popular de baile, conga, canciones de Cliff Richard y lo que fuera que estuviera en lo alto de las listas por entonces. Roger mandaba en los Detours con característica mano de hierro. A juzgar por las caras de quienes nos observaban, el mero hecho de que Roger estuviera hablando conmigo significaba que mi vida podía dar un vuelco.

Con toda la calma que logré aparentar, le dije a Roger que estaba interesado. Asintió y se fue, pero ya no supe de él hasta meses después. Por entonces ya me había matriculado en el Ealings Art College.